



DIFICULTADES PARA RESIDIR EN EL GIBRALTAR DE LOS AUSTRIAS

Desde la conquista de Granada en 1492, Andalucía había experimentado un fuerte crecimiento económico basado principalmente en la intensificación de la agricultura. Esta actividad se vio potenciada por la gran afluencia de repobladores del norte de la Península, que llegaron atraídos por las buenas perspectivas de futuro que ofrecían unas tierras ricas y poco pobladas. Además, este auge económico se veía favorecido en gran medida como consecuencia de las prácticas monopolísticas del comercio americano que de forma progresiva iba consolidándose. Asimismo, Andalucía atrajo a gran cantidad de extranjeros, principalmente genoveses, por la abundancia de oportunidades de empleo y las mejores remuneraciones salariales que se concedían en estas tierras. De este generalizado crecimiento económico también se benefició Gibraltar, pero la zona del Estrecho continuó estando poco poblada por el peligro que suponía su proximidad a las tierras africanas.

A principios del siglo XVI, una vez en manos de la Corona de Castilla, esta ciudad tenía ya un gran valor estratégico para el control del Estrecho, además de ser crucial en la vigilancia y defensa de la amenaza turca y de las frecuentes incursiones de piratas, sobre todo y en particular, berberiscos. Al mismo tiempo, era una importante base logística para la política expansiva norteafricana pretendida por Castilla. Se tomaron una serie de medidas que reforzaban los privilegios y beneficios otorgados por Enrique IV en 1470 y rectificaban diversas acciones efectuadas por los



Piratería turca y berberisca (Siglo XVI)

Medina Sidonia en materia fiscal con el objeto de incentivar la repoblación y así lograr una población estable muy necesaria para «provecho de la ciudad», pero el problema de despoblación existente no se llegó a solucionar.

Uno de los principales recursos de esta zona era la pesca. Conocida y puesta en explotación ya en época romana, esta actividad continuaba siendo muy atractiva desde el punto de vista económico;

sin embargo, y desde hacía algunos años, atravesaba una grave y acentuada crisis debido, fundamentalmente, a los continuos ataques y capturas de embarcaciones de pesca por parte de los piratas norteafricanos y turcos. Estas acciones, las referidas en las fuentes como *cabalgadas de moros*, se producían también contra naves mercantes y sobre las poblaciones costeras, que eran asaltadas y saqueadas, siendo sus pobladores apresados y esclavizados. Por lo tanto, la población se seguía sintiendo insegura bastantes años después de la conquista del reino de Granada.

Conforme fue avanzando el siglo XVI y con la intención de evitar, o al menos minimizar, estos ataques, que tanto temor producía en la población, además del importante daño económico que causaba a la ciudad, se procedió a la reparación y fortalecimiento de sus defensas y proliferaron las reconstrucciones de fortificaciones costeras, torres y atalayas. Las últimas con una marcada función de vigilancia, y algunas también desde tiempo de los Medina Sidonia empleadas para el avistamiento de tónidos y cetáceos. Éstas, en su mayoría todavía

Colaborador El Cultural de La Línea

construidas con materiales perecederos, eran mantenidas por la Orden de San Juan, a la que la Casa Ducal le había concedido en 1468, en la persona de Fray Diego de Bernal, el monopolio de las pesquerías del atún, con el compromiso de vigilar y defender las costas de Gibraltar, y poner una tríada de galeras que varaban en una pequeña ensenada al sur de esta ciudad.

Todavía se conservan en el litoral de levante en las inmediaciones de Gibraltar varias de estas torres costeras de vigilancia, de las que destacamos la de Torre Nueva o de Sabá, edificada en 1580, o reedificada sobre otra existente anteriormente en el mismo lugar, y Torre Carbonera o de Punta Mala, que cabe la posibilidad de ser la misma que citan las fuentes ya en 1497 como Torre de Carboneriela (actualmente éstas son respectivamente conocidas de forma popular en La Línea como Primera y Segunda Torre).



Torre Nueva o de Sabá, construida en 1580 sobre otra anterior.

Por lo tanto, las capturas de naves y las razzias en tierra eran muy frecuentes en todo el litoral andaluz, y en particular en el área del Estrecho. Algo que provocaba miedo para establecerse en esta zona. De hecho, Gibraltar fue objeto de varias incursiones turcas, destacando las efectuadas en 1540, de las que nos ocuparemos en otra ocasión, y en 1558 a la que enseguida nos referiremos. Para paliar la situación, además de tomarse las medidas antes señaladas, a partir de 1535 Álvaro de Bazán, alcalde y capitán de Gibraltar y general de galeras de España refuerza, la

presencia de escuadras de galeras reales para la vigilancia de las aguas del Estrecho. Barbarroja había atacado las islas Baleares en 1536 y las costas del levante peninsular en 1537 y tenía ya en este año conocimiento de la llegada regular de los envíos provenientes de las Indias, la «flota del tesoro», que era custodiada por la Real Armada al mando de Blasco Núñez Vela, poco después nombrado marqués de Blasco, por lo que aumentó la posibilidad de que el almirante turco se acercase a las costas andaluzas en busca de tan codiciado cargamento. Además, se instalan algunas guarniciones de tropas en las poblaciones costeras para su defensa y la de las almadrabas existentes. Los ataques a estas almadrabas fueron frecuentes en los siguientes años, como los de Zahara en 1557, el de Los Lances en Tarifa en 1565 y al de Sancti Petri en 1574.



Defensas realizadas por Juan Baustista Calvi (1552)

En la segunda mitad del siglo XVI, concretamente en 1552, siguiendo las directrices marcadas por Álvaro de Bazán y a instancia de Carlos V se iniciaron los trabajos de reparación y mejoras del sistema defensivo de la antigua plaza de Gibraltar. El encargo fue hecho a Juan Batista Calvi, quien acomete la transformación de la fortificación medieval existente. Así, la fortaleza originariamente almohade, y reformada en época meriní, fue adoptando unas formas más avanzadas y acordes con los tiempos que corrían, ajustándose entre otras cosas al sistema abaluartado que permitía la operatividad de la artillería. A esta primera e

Colaborador El Cultural de La Línea

importante reforma le siguieron varias más, como las realizadas, entre otros por Jacome Pelearo Fratin, conocido como *El Frattino*, Juan Bautista Antonelli, Juan Bautista Cairato (también fortificó por esas fechas la isla Perejil), Fabio Borzoto o Tiburcio Spannocchi.

Sin embargo, y a pesar de las medidas adoptadas, no se consiguieron las condiciones favorables para que la zona aumentase su población. La pesca, uno de los recursos económicos más importante de la ciudad, se vio condicionada por esta situación de inseguridad. Algo que era extensible a todo el litoral andaluz, pero que aquí se hizo más notable, de tal manera que la pesca no alcanzó un pretendido mayor desarrollo, limitándose a la del atún y a la pesca de bajura practicada en el interior de la Bahía y destinada básicamente para el autoabastecimiento de la ciudad, tal como señalan los armadores y se recoge en las Ordenanzas Municipales de la ciudad de 1556. También se percibe a través de éstas una incipiente reactivación de la industria de salazón y un aparente aumento de la población, pero que no era tal, ya que en realidad se trataba de una población flotante, tanto de los barcos de tránsito y fondeados en sus aguas, como de los proveedores, negociantes, arrieros, jornaleros, etc., es decir los *estantes*, que bien permanecían algunos días en la ciudad o sólo pernoctaban una noche y luego se marchaban.

Para la pesca de atún contaba la ciudad con varias almadrabas. En el litoral de levante se armaban al menos cuatro: La Almadrabilla (en la actual La Caleta en Gibraltar), La Atunara, La Almadraba y Guadalquítón y en el interior de la Bahía, dos, una de ellas calada frente a la desembocadura del Guadarranque y otra frente a Getares. Esta última fue atacada por cinco galeras turcas en agosto de 1558. «Tocóse á rebato —que así llamamos al arma en esta ciudad— y salió á él toda



Almadraba

la gente de á caballo de ella, y no se halló con los caballeros la de á pie por ser el rebato lejos, á tres leguas de la ciudad, de mal camino y con dos ríos en medio (Guadarranque y Palmones) sin puente y con los vados malos» (A. Hernández del Portillo, *Historia de Gibraltar*. Antonio Torremocha (Trad.). Algeciras, UNED, 1994, pág.141). La situación se agravó aún más a finales de 1568, con el inicio de la rebelión de los moriscos en las Alpujarras, protagonizada en 1570 por más de 25.000 hombres, de los que cerca de 4.000 eran turcos y berberiscos desplazados en ayuda de los rebeldes. Este levantamiento provocó que se reforzaran las defensas y vigilancias de Gibraltar, ante el temor de que los ataques se extendiesen por esta zona.

A pesar del esfuerzo realizado para la defensa de la ciudad, la pretendida repoblación, las transacciones comerciales y particularmente el atractivo volumen de negocio de la ciudad seguían viéndose lastrados por la amenaza que suponía ser frontera con el mundo musulmán y el peligro real de las incursiones de piratas. Así a comienzos del siglo XVII Gibraltar tenía unos mil vecinos, lo que equivalía a unos cinco mil habitantes, una población todavía insuficiente para el importante potencial económico existente y muy lejos de lo que era necesario para el pretendido desarrollo de la ciudad y para las aspiraciones políticas y económicas de los Austria.